

CAPÍTULO XLV.

SOBREVINO un incidente que causó algun trastorno en la combinacion de este ministerio. Apenas Casimiro Périer hubo aceptado, cuando dirigió sus miradas á Versalles y vió que Carlos X no habia llegado aun mas que hasta Rambouillet. Corrió al Hotel-de-Ville y suplicó á Bonnelier, secretario entonces de la comision municipal, bórrese su nombre de la lista de los elegidos.

Por desgracia la lista no estaba ya en poder del secretario, y tuvo Périer que contentarse con publicar una *errata en el Monitor*

El nombre de M. de Broglie sustituyó al de Casimiro Périer.

A dos de estos ministros que figuraban en la lista del trono de Julio, les guardaba el porvenir una mision bien extraña.

M. Guizot estaba destinado á enterrar á esta monarquía que recibia al nacer.

M. Dupont (de l'Eure) debia ser uno de los primeros ministros del gobierno que debia sucederla.

¡Singular destino el de los hombres de Estado! Cuasi siempre llegan al poder cuando no tienen ya fuerzas para sostenerlo, cuando nace ó cuando muere.

Mientras tanto, como ya lo hemos dicho, Carlos X se ha-

bia ido retirando, y despues de haber hecho alto en Trianon el 31 de Julio, en cuyo punto se unió á él el Delfin y las tropas que habian permanecido fieles, volvió á emprender su marcha hácia Rambouillet, despues de haber oido misa ante un altar portátil que llevaban encerrado en un armario.

Habíanse tomado las disposiciones siguientes:

M. de Bordesoulle se quedaba en Versalles á la cabeza de su division.

El Delfin debia dormir en Trappes.

La duquesa de Berry y sus dos hijos caminarian en coche.

Carlos X seguiria á Rambouillet á caballo.

Llegaron á Rambouillet en la noche del 31 de Julio al 1.º de Agosto, á las doce.

Carlos X estaba de muy mal humor: su escolta muriéndose de hambre se habia tomado la libertad de cojer en el parque alguna caza.

Cuando preguntó que tiros eran los que oia, y se le contestó que eran de cazadores

—De cazadores? repitió—¿han cazado? ¿y quienes?—Los de vuestra escolta: la necesidad de vivir debe servirles de disculpa.

—No, exclamó el rey—eso es faltarme abiertamente: ya no podré yo cazar mas en este parque si le devastan así hoy.

Quizas otro que Carlos X en vez de pensar en su parque devastado, hubiera pensado en su destruida monarquía, y hubiese recordado suspirando que de aquel mismo castillo en que se hallaba habian sido echados, diez y seis años antes, María Luisa y el rey de Roma, por los aliados que lo condujeron á Francia.

Las ideas del Delfin eran poco mas ó menos las mismas.

—Sabeis lo que mas echo de menos al dejar la Francia, Guiche? decia.

—No lo sé, monseñor,—respondió éste—hay tantas cosas que echar de menos!

—Pues bien! es mi carruage de caza, ¡era tan lindo!

Después, pasando frente al sexto regimiento de la guardia:

—Coronel—preguntó—teneis confianza en vuestra tropa?

—Hará su deber, monseñor—contestó el coronel inclinándose.

El príncipe continuó su marcha; pero deteniéndose de pronto ante un soldado que tenia el corbatín mal puesto:

—Teneis muy mal puesta la corbata, le dijo.

Los príncipes fugitivos tuvieron á pesar suyo que acordarse de su posición.

La Delfina llegaba de Dijon y habia encontrado en el camino al duque de Chartres, que ya en libertad iba á reunirse en Joigny con su regimiento.

La duquesa habia reconocido al joven príncipe y habia hecho detener su carruage.

—Caballero—preguntó la Delfina al duque de Orleans—¿venis de Paris?

—Sí señora.

—Y qué pasa allí de nuevo?

Entonces el duque de Orleans la refirió todo lo que le habian contado.

—Y adonde está el rey? prosiguió la Delfina.

—Creo que en Saint-Cloud.

—Lo creis nada mas. ¿No lo sabeis de cierto?

—He estado fuera de las murallas de Paris, señora, y lo único que he visto es flotar el pabellón tricolor en todos los monumentos públicos.

—Y adonde vais?

—A reunirme con mi regimiento que está en Joigny.

—Nos le conservareis con fidelidad—¿no es así?

—Señora, cumpliré con mi deber.

El duque de Orleans saludó y las dos calesas se alejaron por rumbos opuestos.

Al contemplar á la duquesa, á lo que un tercer destierro alejaba de Francia, Carlos X se adelantó hácia ella con los brazos abiertos; pero ahogado por la emoción que sentia no pudo decirle una sola palabra.

Aquella fué mas fuerte.

—Ahora sí, dijo, suceda lo que Dios quiera, ya estamos reunidos, y espero que para siempre.

A cosa de las dos anunciaron al rey la llegada de una diputación que venia de Paris.

Preguntó por los nombres de los diputados.

—Son MM. de Coigny,—se le contestó—el mariscal Maison, Odilon Barrot y de Schonen.

—Cómo está Coigny entre esos señores? preguntó Carlos X admirado.

—Como representante de M. Mortemart.

—Recibiré á Coigny, pero á Coigny solo—respondió el rey.

He aquí lo que habia sucedido:

El duque de Orleans estaba inquieto. Conciliadas las cámaras, sometido el Hotel-de-Ville, reducidos los republicanos á la impotencia, quedaba un último poder, un poder solo, el mas débil de todos; pero mas temible para el príncipe por su debilidad misma.

Quería Luis Felipe que este último poder consagrarse el suyo.

En consecuencia, mandó llamar á M. de Mortemart, que habia vuelto á Paris después de haber llevado al rey la carta que le habia encargado el príncipe, y que ocultó entre los pliegues de su corbata.

—Señor duque—le habia dicho—la situación de la familia real me inquieta mucho, las noticias que recibo de Rambouillet me hacen temer que la insurrección cunda hasta al rededor del rey.

—Y bien! Monseñor? preguntó M. de Mortemart.

—Pues bien: creo que seria conveniente que una diputacion pasase á ver al rey á fin de lograr nuevas concesiones.

—Y cuáles deberán ser esas concesiones? monseñor.

—Puede ser una de ellas, por ejemplo, consagrar mi nombramiento de teniente general del reino—abolir ademas las ordenanzas y autorizar la apertura de las cámaras.... eso haria mas llevadera mi posicion y me daria medios de hacer en su obsequio lo que no podré hacer quizás si continua protestando contra la revolucion.

—Monseñor—seré hasta el fin un fiel servidor del rey—contestó M. de Mortemart—y como creo en la sinceridad de V. A., me pongo desde luego á sus órdenes.

Nombróse una diputacion compuesta, como hemos dicho, de MM. de Schonen, Maison y Odilon Barrot.

Despues M. de Mortemart que no queria alejarse de la escena de los acontecimientos, ó que quizás guardaba algun resentimiento á Carlos X por la poca gracia con que le nombró su ministro, se hizo reemplazar por el duque de Coigny.

El rey no quiso recibir mas que al duque. La discusion fué larga; pero al fin, el duque de Coigny, hombre de tacto, de bellos modales y de talento, convenció á Carlos X y salió de la cámara del rey con la siguiente ordenanza que se mandó inmediatamente al duque de Orleans:

“Deseando el rey poner un fin á las turbaciones que existen en la capital y en algunas otras partes de la Francia, y contando con el sincero afecto de su primo el duque de Orleans, le nombra teniente general del reino.

“Juzgando el rey conveniente retirar sus ordenanzas del 25 de Julio, aprueba que las cámaras se reunan el 3 de Agosto, y se atreve á esperar que ellas restablecerán la paz en Francia.

“El rey aguardará aquí la vuelta de la persona encargada de llevar á Paris esta declaracion.

“Si se tratase de atentar á la vida del rey y de su familia, ó á su libertad, se defenderá hasta la muerte.

“Fecha en Rambonillet, el 1.º de Agosto de 1830.”—
CÁRLOS.”

Este mensaje lo recibió el duque de Orleans al dia siguiente á las siete de la mañana. M. Dupin se hallaba á su lado.

M. Dupin se habia vuelto muy valiente desde que vió que las cámaras y el Hotel-de-Ville se declararon á favor del duque de Orleans.

Tan bravo estaba el 2 de Agosto como irresoluto habia estado en los dias 27, 28 y 29 de Julio. Así es, que aconsejó al duque diese al rey una contestacion enérgica; y no solo se lo aconsejó, sino que la redactó él mismo.

Leyóla el duque, y satisfecho de ella, la copió de su puño y letra y la encerró en un sobre.

Quedóse despues suspenso, y

—Mi querido señor Dupin—le dijo—bien pensado, yo no puedo dirigir una carta de esta importancia sin consultarlo con mi mujer.

M. Dupin encontró tan justa su susceptibilidad, que la aprobó inclinándose.

El duque de Orleans salió, y un cuarto de hora despues entró con el despacho sellado y cerrado en el mismo sobre.

—¡Y bien! preguntó M. Dupin.

—He aquí la respuesta.

Y la contestacion se remitió al enviado de Carlos X.

El sobre era el mismo, ¿pero era la misma contestacion? No era probable, porque al recibirla Carlos X se enterneció súbitamente, y pasando al instante á su gabinete, escribió la siguiente carta, que encargó al general Latour-Froissac llevase á Paris.

Esta carta respuesta á la del duque de Orleans era un acto de abdicacion, redactado en los términos siguientes:

“Rambouillet, 2 de Agosto de 1830.

“Primo mio: estoy profundamente afectado por los males que afligen y que podrian amenazar á mis pueblos por no haber buscado el medio de prevenirlos. He tomado la resolucion de abdicar mi corona en favor de mi nieto, el duque de Burdeos.

“El Delfin, que tiene mis mismos sentimientos, renuncia tambien sus derechos en favor de su sobrino.

“A vos, pues, os toca, como teniente general del reino, el proclamar el advenimiento de Henrique V al trono. Tomareis, desde luego, todas las medidas que os conciernen para arreglar la forma del gobierno durante la menor edad del nuevo rey. Yo me limito á hacer conocer estas disposiciones, como un modo de evitar mayores males.

“Comunicareis mis intenciones al cuerpo diplomático, y me avisareis lo mas pronto posible la proclamacion por la cual mi nieto será reconocido rey, bajo el nombre de Henrique V.

“Encargo al teniente general vizconde de Latour-Froissac, os entregue esta carta: lleva orden de entenderse con vos para los arreglos que deben practicarse en favor de las personas que me han acompañado, así como por lo que toca al resto de mi familia.

“Despues tomaremos las demas medidas, consecuencias del cambio del reino.

“Os renuevo, primo mio, las seguridades de los sentimientos con que soy vuestro adicto primo,

CARLOS LUIS-ANTONIO.”

Ademas de esta carta, M. de Latour-Froissac recibió otras dos que se encargó de entregar á la duquesa de Orleans: la una era de madama de Gontant, la otra de Mademoiselle.



CAPÍTULO XLVI.

EL mensajero del caido trono llegó al Palacio Real en la tarde del 2 de Agosto: todas las puertas estaban abiertas, y en los escalones dormian algunos hombres del pueblo con sus fusiles cargados al lado suyo. Los cortesanos de la nueva corte circulaban algo atarantados por medio de aquellos estraños guardias de corps, pero circulaban sin consignas, sin impedimento alguno.

M. de Latour-Froissac, creyó por lo mismo que nada le seria mas fácil que llegar hasta el duque de Orleans, pero su admiracion fué escesiva cuando el ayudante de servicio le impidió el paso.

—Pero, caballero—le dijo el general—cometeis una falta que puede ser grave: ¡cuidado!

—Señor, tengo mi consigna.

—Yo soy M. de Latour-Froissac.

—Tengo el honor de conoceros, general.

—Soy enviado por su magestad Carlos X, y encargado de un mensaje de la mayor importancia.

—Señor general, no podeis pasar.

—¡Tened cuidado, caballero! ya he tenido el honor de decíroslo: vengo de parte de un rey vencido pero no destronado.

—Señor, yo no puedo repetiros lo que ya os he dicho. S. A. R. monseñor el duque de Orleans no está visible.

M. de Latour-Froissac se retiró y fué corriendo á casa de M. de Mortemart, á quien rogó le acompañase al Palacio Real y tratase de ver si era mas feliz que él.

Ambos montaron en un fiacre, y se hicieron conducir á la reja de la plaza.

Llegados á ella, M. de Latour Fraissac entregó la carta al duque de Mortemart que penetró solo en el Palacio Real.

Sin duda la consigna no hablaba con él, porque fué introducido sin demora.

Un instante despues se reunia á M. de Latour Froissac: el duque de Orleans habia tomado el mensaje, pero rehusaba absolutamente ver al mensajero.

Entonces, M. de Latour Froissac solicitó ver á la duquesa de Orleans, á la cual, segun se recordará, tenía que entregar dos cartas.

Recibió la misma negativa que del duque; pero por medio de un sobrino de M. de Mortemart, camarada de colegio del jóven duque de Chartres, logró en el mismo dia ser presentado por éste ante la duquesa su madre.

La duquesa lloró mucho al leer la carta que la dirigia Mademoiselle; pero nada podia hacer en su situacion: el duque estaba muy empeñado en la partida para que pudiese volver ya atras.

Sin embargo esa tenacidad de Carlos X en dar á su nieto el trono de Francia, habia asustado al duque de Orleans: el pretesto que habia dado á M. de Mortemart rehusando encargarse de la regencia estaba sacado de la historia de su abuelo.

—No! no! exclamó—no me encargaré jamás de una regencia: al primer cólico que acometiese al duque de Burdeos gritarian ¡al envenenador!....

¡Ay! que lejos estaba de pensar, que diez y ocho años mas

tarde, resbalándose á su turno por esa fatal pendiente del trono tan rápida cuando se descende, lanzaría él mismo, ya anciano, á su nieto para apagar la revolucion; esperando como Alburquerque conjurar el huracan elevando un niño entre sus brazos, y que rechazado por Lamartine, como rechazaba al duque de Burdeos vería á su vez al conde de Paris tomar el camino del destierro, camino que no tiene limites y del que muy á menudo no puede volverse.

Era necesario á cualquier precio alejar á Carlos X, echarlo de Rambouillet como se le habia echado de Paris, y lanzarlo en ese camino de la Lombardía, que es la pendiente por la cual ruedan hasta el mar las coronas de nuestros reyes.

Se empezó decidiendo que se nombraran cuatro comisionados para proteger á Carlos X. contra el furor del pueblo.

Estos cuatro comisionados fueron el mariscal Maison, M. de Jacqueminot, de Schonen y Odilon Barrot.

Despues, como se habia hecho la otra vez para endulzar la amargura del aviso, se les unió á M. de Coigny.

Todos cuatro se presentaron en el Palacio Real: Luis Felipe los recibió, les dijo que Carlos X reclamaba una salvaguardia y les esplicó su mision.

Debian *cuidar* al rey hasta que saliese de Francia.

—Pero—dijo M. de Schonen—es necesario preveerlo todo, monseñor: si Carlos X nos entregase al duque de Burdeos ¿qué deberiamos hacer?

—¿Cómo pues? exclamó Luis Felipe disgustado visiblemente del giro de la cuestion—el duque de Burdeos! pues si es vuestro rey!

La duquesa de Orleans estaba presente: lanzó un grito de alegría y se arrojó en los brazos de su marido.

—¡Oh! ¡señor! le dijo sollozando—sois el hombre mas honrado del reino.

Los comisionados partieron, pues, sabiendo que el duque de Burdeos era el rey; pero ignorando que debian hacer de este rey si llegaban á entregársele.

En tal caso, no podían hacer mas que avisar. Es verdad que en ese mismo día el duque de Orleans hizo publicar en el *Correo Francés* su protesta contra el nacimiento del duque de Burdeos.

Ademas, el príncipe hizo llamar al general Hulot y al capitán Dumont Durville: encargó al primero apresurase la salida del rey para Cherbourg, y al segundo esperase allí con un buque para embarcar al rey y conducirlo á Inglaterra.

CAPÍTULO XLVII.

Los convidados llegaron á Rambouillet á media noche: Carlos X se sorprendió mucho cuando le anunciaron la visita de los cuatro embajadores.

Contestó que la hora no era oportuna para una audiencia, pero que sin embargo ofrecía á los señores comisionados la hospitalidad por aquella noche en el castillo de Rambouillet.

Los comisionados rehusaron, y volvieron á tomar el camino de Paris.

El duque de Orleans los vió llegar con algun asombro.

—Es necesario que parta—murmuraba. . . . es preciso. . . . es preciso. . . .

—¿Pero cómo hacerle marchar? preguntó uno de los comisionados.

—Asustándole—dijo el rey.

Y, llamando aparte al coronel Jacqueminot le dió algunas órdenes en voz baja.

El coronel hizo una reverencia y salió.

La expedición de Rambouillet estaba resuelta.

Al día siguiente, Paris se despertó al sonido del tambor batiente que tocaba la generala, mientras que hombres del pueblo, ó vestidos como tales, recorrían las calles gritando “¡A las armas! ¡A las armas!”

Todos se asustaron, todos preguntaron, y al fin supieron que Carlos X habia reunido doce mil hombres en Rambouillet, que se aprestaba á ir sobre Paris, y que habia hecho un llamamiento á los patriotas de Julio.

Muchos no habian aun abandonado la carabina ó el fusil; así es, que á las ocho de la mañana treinta mil hombres estaban sobre las armas.

Pusiéronse en marcha hácia Rambouillet, engrosándose las filas con los patriotas de todos los pueblos grandes y pequeños por los que atravesaban.

A los primeros sonidos del tambor, los comisionados habian vuelto á salir para Rambouillet, pero no tan de prisa como parecia lo demandaban las circunstancias.

Esta vez si fueron introducidos ante Carlos X, cuya abdicación habia sido enviada á la cámara de los pares.

El mariscal Maison tomó la palabra, y al esponerle la misión de que estaban encargados le anunció que detrás de ellos venia una columna de cincuenta á sesenta mil hombres.

—¿No habeis leído mi abdicación, caballero? preguntó Carlos X.

—La he leído, Sire.

—Entonces debeis haber visto que estoy decidido á morir en caso que se quiera emplear la violencia para hacerme salir de Rambouillet.